

## XVI

## De Querétaro á México.—Mi desastre en Puebla \*

Salí por fin de Querétaro para México el 22 de marzo y lo natural era que Arellano levantara sus manos al cielo por salir de la plaza sitiada el hombre que, según él, ocasionaba tantos perjuicios. Natural era también que no encontrándome ya en Querétaro, cambiara la situación y se salvara la plaza, puesto que yo era la única rémora; y natural era, en fin, que estando yo fuera de la referida plaza, no se me atribuyese ya nada de lo malo que allí ocurriera, porque no podía yo ser el autor á tan larga distancia. Mas por desgracia nada de esto sucedió: ni hubo quien alzara las manos al cielo por mi salida; ni la plaza se salvó con mi ausencia; ni Arellano cesó de calumniarme; pero como la verdad tiene que triunfar siempre sobre la mentira así sucede en el folleto que refuto, el cual me vindica con sus mismos cargos.

Dice primero que “merced á las marchas forzadas que ejecuté atravesando la sierra, logré llegar pronto á México.” Y esto prueba que cumplía yo con actividad y buena voluntad cuanto me mandaba el Soberano; lo cual no era nuevo, pues siempre he obedecido del mismo modo cuanto se me ha ordenado.

Dice también “que se me había autorizado para que abandonase la capital ó dejase en ella guarnición, según el numero de tropas que contuviera, fuese ó no suficiente para fraccionarlas, sin reducir por esto los recursos que se habían de mandar á Querétaro; y que México contenía cuando llegué, de 10 á 12,000 hombres de las tres armas.”

Nada de esto tiene lugar porque, como he probado en mi *Manifiesto*

\* Resumen del capítulo respectivo del libro de Arellano.—Marcha del general Márquez para México.—El Emperador le autoriza para conservar ó abandonar la capital.—Decreta á su llegada un préstamo forzoso, fracciona las tropas, y en lugar de socorrer á Querétaro, se dirige á Puebla, sabiendo muy bien que Querétaro no podía sostenerse.—Elige el camino más largo al dirigirse á Puebla con el fin de que Querétaro sucumba durante su marcha.—Se detiene en San Lorenzo y espera que los republicanos, vencedores en Puebla, marchen sobre él, y se hace derrotar.—Márquez es el primero que huye del campo de batalla y contribuye con esto á la dispersión de sus tropas.—El ministro de la guerra manifiesta el deseo de someterlo á un consejo de guerra.—Vidaurri y Quiroga no consiguen de Márquez que envíe recursos á Querétaro.—Vidaurri envía al Emperador 150,000 pesos, pero Márquez se guarda la libranza.—La derrota de San Lorenzo asegura á Márquez el triunfo de su venganza.

con las mismas cartas del Emperador, á mi salida de Querétaro no se me dió orden para que moviera la guarnición de México en todo ni en parte. Y además no era posible verificarlo de uno ni de otro modo, porque su escaso número impedía fraccionarla, en razón de que no había la suficiente para auxiliar á Querétaro y para asegurar á México, y era de tal manera reducida, que aún disponiendo de toda, para el primer objeto, no habría bastado, puesto que no es cierto que existiesen los 10 ó 12,000 hombres que dice Arellano, sino que sólo había á mi llegada 5,000 y á mi regreso de Puebla 4,545 en esta forma: 1,563 infantes, 2,763 dragones, estando de ellos 1,391 desmontados, 90 artilleros, un reducido cuerpo de ingenieros con 19 zapadores y 22 obreros, y otro de ambulancia con 88 enfermos. Lo que pruebo con el libro de situación del estado mayor que tengo en mi poder, en el cual consta la fuerza disponible que existía diariamente y está firmado por el general Cadena, jefe del estado mayor del 2º cuerpo de ejército. Ya he dicho y repetido innumerables ocasiones que al separarme del lado del Emperador, no se me dió orden para volver á Querétaro, mas sin embargo, deseoso yo de estar pronto para verificarlo luego que me fuese posible, aun cuando no se me mandara y en vista de la comunicación que inserto en seguida, además de la obligación que yo tenía de auxiliar á Puebla, marché á dicha ciudad con este objeto.

“Ministerio de Guerra.—México, Marzo 26 de 1867.—Excmo. Sr.—El Sr. General Noriega, desde Puebla y con fecha 22 del que cursa, me dice lo siguiente:—E. S.—Ayer tuve la honra de dirigir á V. E. la siguiente comunicación: “A mi comunicación fechada y cerrada ayer, tengo hoy la honra de agregar á V. E. que se solemnizó debidamente las prósperas noticias que se sirve comunicarme del interior. El enemigo progresa en sus avances por horadaciones en toda la circunferencia de mi línea, y hoy tuvo que ceder el punto avanzado de la Merced la tropa que lo defendía, lo que puede auxiliarnos á los defensores del centro de la plaza de los de las fortalezas; ya sabe V. E. que tengo dos generales heridos, muerto el Jefe de uno de los dos únicos batallones de esta guarnición; que mi escasez de jefes, oficiales y todo recurso de defensa es apremiante, pues no es hoy Puebla la del año de 56, su población es hostil é indiferente, me es indispensable diez mil pesos girados contra Veracruz, y aun mis municiones á lo más me alcanzarán para seis días: es absolutamente importante el violento refuerzo que V. E. me promete. Dios guarde á

V. E. muchos años." Hoy debo agregar á V. E. que anoche incendió el enemigo una manzana, habiéndose consumido completamente el teatro que en ella estaba construído; sigue su movimiento de circunvalación y con constancia sus trabajos de horadación: después de cuatro días de rotos los fuegos ni un solo peso tengo ya ni puedo conseguirlo; mis recursos todos de elementos terminan, y mi situación es desesperada. V. E. se dignará atenderme; también tengo la honra de acompañar á V. E. una de mis comunicaciones del 19, que devolvió el correo empleado, manifestando no haberle sido posible continuar su camino.—Dios guarde á V. E., &.—El General en Jefe, Manuel Noriega.—E. S. Ministro de Guerra.—Y fengo el honor de trasladarlo á V. E., á fin de que como Jefe del Estado Mayor general y del 2º cuerpo de ejército tenga conocimiento de lo que en Puebla pasa y pueda providenciar aquello que tan críticas circunstancias requieren y sea posible.—Protesto á V. E. las seguridades de mi distinguida consideración.—El Ministro de Guerra, Portilla.—E. S. General D. Leonardo Márquez, Jefe del Estado Mayor del Ejército.—Presente."

¿Qué hacía yo en vista de esta nota? ¿dejaba perder á Puebla y no iba á auxiliarla, cuando no había nada que me lo impidiera; y cuando el Soberano me había mandado á México, puntualmente para vigilar y conservar aquella parte del País? ¿cuál hubiera sido entonces mi responsabilidad?

Y no un imperialista, sino un republicano, el general González, testigo de los hechos en el campo enemigo, me hace justicia, y comprende mejor mi pensamiento en un remitido relativo á la campaña que publicó en México con fecha 15 de septiembre de 1867. Dice así:

.....  
 "Por lo demás, yo sostengo que el triunfo definitivo de la República, considerado bajo el punto de vista militar, se debe al intrépido general de Oriente, *pues todo hombre que tenga sentido común, comprenderá que si éste hubiera sido rechazado en Puebla, Márquez, quince días después, alargándose mucho, se habría presentado sobre Querétaro con 14,000 hombres y 60 ú 80 piezas de artillería y el General en Jefe del Ejército del Norte, que operaba sobre aquella plaza, se hubiera visto obligado á levantar el sitio, y emprender su retirada, fraccionando su ejército. ¿Cuál fuera la situación de los ejércitos republicanos hoy? Se comprende muy fácilmente, y omito determinarla....*"

Este pensamiento mio, estas combinaciones estratégicas y estos resultados no los puede comprender Arellano, porque aunque se llame general no lo es, puesto que ni ha mandado soldados, ni ha dado acciones de guerra, ni se ha encontrado en ocasión de hacer combinación alguna. Esta es la razón por qué habla de memoria en estos asuntos, como habla siempre, tratándose de materias que no entiende, de suerte que todo el que alucinándose con las apariencias crea que Arellano es un gran militar, se equivoca enormemente.

No es verdad que á mi llegada á México impusiese yo un préstamo de 500,000 pesos. Ya tengo bien explicado este punto en mi *Manifiesto*, y allí se ve que á nuestro arribo á la capital, el señor Vidaurri y yo la encontramos tan exhausta de recursos que no había ni socorro para la guarnición, en cuya virtud el ministerio, de acuerdo con su presidente, el señor Lares, tenía resuelto ya imponer un préstamo, que Vidaurri llevó á cabo disminuyéndose mucho en su cobro por las rebajas justas que este ministro tuvo que hacer. Así es que ni el préstamo fué de 500,000 pesos, ni lo impuse yo, ni tuve nada que ver en ese asunto.

En mi *Manifiesto* tengo bien explicada la razón por qué marché á Puebla en auxilio de aquella plaza; y acabo de dar una ligera idea del objeto que me condujo á ella.

Ahora que se trata de culparme dice Arellano "que yo sabía muy bien que siendo insuficientes las municiones que había en Querétaro, y no pudiendo Arellano cumplir su compromiso á este respecto, que se había juzgado irrealizable, la plaza sucumbiría pocos días después de mi salida."

Recuérdese que con anterioridad tengo dicho que no había en México ninguno de estos objetos, y sabido es que cuando yo marché á Puebla, no llevé ni las municiones necesarias para batirme, sino sólo un escaso número de ellas.

Recuérdese también que cuando el Emperador salió de México á Querétaro, no se llevó ningún artículo de guerra para aquellas tropas, tanto porque no lo había, cuanto porque el Soberano salió en la inteligencia de volver dentro de pocos días. Téngase presente que el convoy de guerra que desde Querétaro pedí á México, no pudo ir por falta de tropa que lo condujese. Sépase que en la junta de guerra del 20 de marzo, el general Castillo opinó al principio por la salida de la plaza, en razón de creer que faltaban municiones, porque en la maña-

na de aquel día había pedido al parque general cartuchos para carabinas de Springfield y balas para cañón de á ocho, y ambos artículos le negó Arellano, diciéndole que no los había, cuando esto era falso: Arellano negó el hecho y Castillo lo confundió en presencia de todos los vocales de la junta, mostrándole la pequeña carta en que había contestado á su pedido, excusándose de ese modo. *Arellano entonces aseguró que había todo cuanto se necesitara, y lo probó con la relación de parque que llevaba en su bolsa. No conforme con esto, aseguró á la junta que podía construir en lo sucesivo cuanto fuera necesario, y á ello se comprometió solemnemente.* No se olvide la comunicación oficial del mismo Arellano pasada al Emperador en aquel día, en la cual *se comprometió á hacer milagros para proporcionar al Emperador cuanto necesitara á este respecto.* Véase en el mismo folleto de Arellano cuatro párrafos adelante del que estoy refutando, que él mismo dice, que de todos los elementos indispensables en Querétaro, uno sólo, el dinero, podía remitirse, puesto que era posible mandarlo en libranzas; y vuélvase la vista á la ocupación de Querétaro por los republicanos y se verá publicado por ellos en el *Boletín* del 29 de junio de 1867, que el material de guerra que tomaron en aquella plaza constaba de lo siguiente: 15 piezas de á 8, 1 de á 6 rayada, 1 de á 4 lisa, 1 obús de á 36, 11 ídem de á 24, 26 ídem de á 12: total 55 piezas; 18 carros de municiones, 2 de batería, 1 de parque, 2 fraguas de campaña y 22 ruedas de respeto; 1,940 tiros de cañón con bala, 789 de granada, 913 de metralla y 68,500 cartuchos de fusil y rifle de 15 adarnes. Por todo lo cual se ve claramente demostrado que lejos de saber yo que faltaban municiones en Querétaro, por el contrario sabía perfectamente que las había entonces de sobra. Que habiendo yo salido de aquella plaza el día 22 de marzo, no podía adivinar que después se hubiese juzgado irrealizable el compromiso de Arellano.

Que no podía yo prever semejante caso, cuando delante de mí declaró á la junta que podía construir todo; y aseguró al Emperador, oficial y solemnemente, *hacer milagros en este sentido.* Que ni antes ni después se había podido recibir de México ninguno de los objetos referidos. Que aun estando yo en la capital, no era posible enviar nada. Y finalmente, que después de batirse setenta días, todavía sobraron las municiones que quedan mencionadas. De suerte que no es cierto que faltaban.

Como Arellano no ha hecho jamás ninguna campaña mandando

en jefe, no comprende ciertas maniobras, y por eso dice que al dirigirme á Puebla, no tomé el camino directo sino el más largo, para dilatarme más. Arellano es tan necio como perverso; ¿qué necesidad tenía yo de ello? ¿qué supone Arellano que yo quería que se perdiera Puebla? En mi mano estaba no ir á auxiliarla; ¿retardar mi regreso á Querétaro? Ya he repetido hasta el fastidio que no tenía orden para hacerlo.

El camino directo que va de México á Puebla atraviesa el monte de Río Frío desde Venta de Córdoba hasta el puente de Texmelucan, esto es, la mayor parte del camino: este terreno, además de ser una montaña elevada, está cubierta de una arboleda crecida y espesa en todas direcciones y en una larga extensión; llenó de pequeños arroyos, con malos puentes; accidentado por todas partes, y casi siempre dominado por ambos lados. De suerte que como el enemigo naturalmente había inutilizado los puentes, obstruído el camino con árboles y cortaduras, ocupado los puntos ventajosos y tomado todas sus precauciones para detener mi marcha; claro está que aun cuando á fuerza de trabajo se hubieran allanado todas las dificultades, no era posible evitar el que se perdiesen muchas horas, ó tal vez un día entero en reconstruir cada puente, cubrir cada cortadura, desembarazar el camino cada vez que se encontrase obstruido por grandes árboles y sostener pequeñas, pero continuadas acciones de guerra para desalojar á los contrarios de los puntos en que estuviesen posesionados, derrotarles y perseguirles; resultando de todo, que habría yo tardado por aquí más todavía que por el otro camino en que no había ninguno de estos obstáculos; que habría sacrificado tropa sin necesidad; que habría procedido antimilitarmente, y que por esto mismo habría yo contraído entonces una verdadera responsabilidad.

Sólo con un empeño como el de Arellano por calumniar, se puede decir que por vengarme, sacrificué hasta mi reputación en el hecho de armas de San Lorenzo; y es, que como él nunca la ha tenido, no sabe lo que se estima, y los sacrificios que se hacen para conservarla hasta el grado de dar la vida cuando llega el caso, tanto más si el adquirirla ha costado muchos años de sacrificios y peligros.

Así, pues, nadie puede creer que por mi voluntad fuese yo desgraciado en San Lorenzo, y la prueba está en que á continuación tomé la revancha en México, defendiendo aquella plaza setenta días sin que el enemigo pudiera tomármela, no obstante sus esfuerzos y lo numero-

so de sus tropas que peleaban siempre con todas las ventajas de su parte contra el puñado de valientes, escasos de todo, que me obedecían, y que estaban en tan pequeño número, que no alcanzaban ni para cubrir mi línea.

Si me detuve dos días en el camino de Puebla antes de ejecutar la contramarcha sobre mi base de operaciones, fué porque tuve necesidad de esperar los correos enviados por mí al general Noriega, así como los espías que mandé á Puebla, á fin de cerciorarme de la verdad de lo que había pasado; porque la noticia de haber sucumbido aquella plaza la tuve por viajeros á quienes yo no podía dar entero crédito; pero que me lo aseguraron tanto que me convencí de la necesidad de enviar gentes de mi confianza que se impusieran de lo ocurrido y que hablaran con el general Noriega, y entretanto, ni yo podía seguir, ignorando lo que pasaba, y estando casi cierto de la pérdida de Puebla, ni podía yo contramarchar sin estar seguro de la verdad.

No se botó el dinero, como dice Arellano, sino que se repartió á los cuerpos de la división, muy en calma y con todas sus formalidades, por el intendente del 2.<sup>o</sup> cuerpo de ejército, don Luis G. Gutiérrez, cuyo honradísimo empleado, tan activo como entendido, tan laborioso como eficaz, y tan á propósito para su empleo, que desempeñó á toda mi satisfacción, cuidó de que todo se hiciera en el mejor orden, permaneciendo siempre á mi lado con la mayor fidelidad en los momentos del peligro, y rindiéndome luego una cuenta pormenorizada de los fondos que manejó en aquella expedición, en que consta legalmente invertido hasta el último centavo, cuyo documento importante conservo en mi poder para honor de aquel empleado.

Si una vez avistado el enemigo en la hacienda de San Lorenzo, lejos de continuar mi marcha, formé en batalla para batirlo, y él rehusó el combate; siempre me honrará que así se condujera quien venía vencedor de Puebla y orgulloso con su victoria.

Si para batir más tarde creyó indispensable cercarme primero con sus numerosas tropas é inutilizar el camino que yo seguía, esto me llena de satisfacción porque prueba que todo esto consideró necesario para medir sus armas con las nuestras.

Si estando ya nosotros completamente cercados y sin camino disponible, yo me salí con todas mis tropas por en medio de las que me tenían encerrado sin que se apercibieran de ello, este movimiento eje-

cutado con toda felicidad y con el mayor orden, sin dejar un soldado siquiera en el campo, me hará honor toda la vida.

Si no siendo posible conducir nuestra artillería y nuestros carros por el sendero estrecho y montañoso que seguíamos como el único que había, nos vimos en la necesidad de dejarlos donde ya no fué posible que siguieran, inutilizando los cañones, derribándolos hasta el fondo de barrancas profundas, incendiando el parque y recogiendo el ganado: este es un contratiempo á que está expuesto cualquiera general; y en la alternativa de que el enemigo me tomara mis cañones por no poder llevarlos adelante ó inutilizarlos yo mismo, preferí lo segundo á lo primero, y en ello obré conforme á las reglas del arte, porque los autores militares previenen que en semejantes casos se destruya todo lo que no pueda conducirse para que no caiga en poder del enemigo. Por esto es que antes que yo, lo han hecho en todas partes del mundo otros generales, y lo harán siempre todos los que se encuentren en iguales circunstancias, porque no hay otro remedio; sin que nadie deba avergonzarse jamás de cumplir con su deber.

Si á las inmediaciones de Chalco, nueve leguas sólamente distante de México, no siendo ya indispensable mi presencia, teniendo ciega confianza en los honrados y valientes jefes que mandaban mis tropas; y siendo conveniente que yo me adelantase á la capital para deshacer la mala impresión que habían causado los acontecimientos de Puebla, y violentar los preparativos de la defensa de México, á cuyas puertas casi estaba ya el enemigo: así lo verifiqué; nada tiene de particular que llegase yo pocas horas antes que mi tropa, porque no era soldado raso para que se me obligase á marchar embebido en la fila, sin poder separarme de ella.

Si me adelanté, todo el mundo vió que no fué para esconderme, sino al contrario, para presentarme al enemigo con mayor resolución.

Que mis tropas, que después de algunos días de marchas pesadas y penosas, batiéndose siempre con buen éxito, casi en todo su camino de regreso, con tres noches de no dormir, sin alimento alguno en el estómago, con la impresión horrible que nos causó la destrucción de nuestra artillería y el incendio de nuestro parque por nosotros mismos; perseguidos por la caballería enemiga\* que sostenía constantemente un fuego nutrido sobre nuestra retaguardia, sin municiones ya

\* Véase en el apéndice, *Cómo auxilió el general Guadarrama al Ejército de Oriente.*

en sus cartucheras y sin tener de donde reponerlas, con el enemigo por vanguardia, retaguardia y centro, verdaderamente envueltas por la multitud de sirvientes, arrieros, carreteros, vivanderos, marmitones y mujeres que marchan siempre á la sombra del ejército, tuvieron como era tan natural, tan preciso, tan inevitable, un momento de desorden: ni á esto puede llamarse una derrota, ni puede culparse á mis valientes y sufridos soldados, ni á los bizarros jefes que los mandaban, y mucho menos á mí si se ha de fallar en justicia.

Por otra parte, ¿de qué me culpa Arellano? ¿de qué no fuí feliz en San Lorenzo? Antes de eso lo había sido batiendo y derrotando á la caballería enemiga y despedazando en cinco minutos á una brigada de infantería procedente de Toluca que marchaba á interceptarme el camino, á la cual encontré y batí en el acto. Y sobre todo, recuérdese mi historia militar y se verá que son tantas las ocasiones en que he sido dichoso en la guerra, que un contratiempo tan insignificante como el de San Lorenzo, no merece ni mencionarse porque tiene que desaparecer en presencia del Valle del Maíz, Calzada de Anzures, Guanajuato, Acámbaro, Ahualulco, Atequiza, San Joaquín, Tacubaya, Monte de las Cruces, México, Matamoros de Izúcar, Barranca Seca, Morelia, Querétaro y otras muchas.

Para que mejor pueda juzgarse el hecho de San Lorenzo, debe saberse que cuando después de este acontecimiento acabaron de entrar en México mis tropas, se encontró que la diferencia entre la fuerza que tenían al salir y la que conservaban al volver, era tan corta, que no podía considerarse sino como una baja natural en la marcha difícil y penosa que acababa de hacerse, lo cual sirvió para demostrar más claramente que el hecho de San Lorenzo no había sido de importancia.

¿De qué más me culpa Arellano? ¿De qué se perdieron los cañones y los carros de parque? Pues bien: no se perdieron porque me los tomara el enemigo, sino porque yo los inutilicé, en razón de no poder llevarlos por donde yo iba. Y, además, si diez ó doce cañones se inutilizaron allí, otros muchos he mandado fundir, siempre que he tenido autoridad para ello; y otros muchos le he dado al gobierno, tomados al enemigo con las puntas de mis bayonetas en el campo de batalla y vomitando sus proyectiles sobre nosotros. Ahí está la calzada de Anzures al pie de Chapultepec en que se me vió tomar uno á los americanos el 8 de septiembre de 1847, derrotando su columna

que marchaba sobre México, por lo cual ascendí á coronel, declarándolo así el presidente de la república, en el campo de batalla y en presencia del ejército. Ahí está el cerro de la Gritería dominando á Guanajuato en que tomé dos el año siguiente. Ahí está Ahualulco en que tomé treinta y tres el año de 1858. Atequiza en que tomé dos el mismo año. Y en San Joaquín, al borde de las barrancas de Atenquique, en el mismo año, veintisiete; treinta en Tacubaya, uno en Tuna Blanca y cinco en Morelia: que hacen un total de ciento uno.

No es cierto que determinado jefe reuniese todas las tropas imperiales y las condujese á México después del hecho de San Lorenzo, sino que cada uno reunió las que pudo, con este objeto, cumpliendo así su deber. Al decir Arellano lo contrario, falta á la verdad y hace una ofensa á los coroneles Campos, Vélez, Oronoz y los demás jefes que tan bizarramente se condujeron en aquel acontecimiento. Y principalmente ofende al ameritado y distinguido ayudante general de estado mayor don Luis Arrieta, que habiéndome acompañado en clase de mayor general de la división que llevé, habiendo estado siempre á mi lado en todos los momentos del peligro, haciendo más visible su presencia cuando el fuego era más nutrido; redoblando entonces su actividad, multiplicando sus buenas disposiciones y llenando todos sus deberes á mi entera satisfacción y de una manera que le honrará siempre, fué naturalmente quien se encargó de organizar el mayor número de nuestras fuerzas que formaban la masa principal y las condujo en el mejor orden hasta la capital, en donde entró sin la menor novedad. El señor Arrieta, que es un jefe tan antiguo, y los coroneles que allí había, no podían dejarse mandar por un teniente coronel, porque la disciplina militar es muy severa, y en todas circunstancias, manda siempre el más caracterizado ó el más antiguo.

La columna que organizó el señor Arrieta constaba de 1370 hombres de tropa, con sus jefes y oficiales; y en esa fuerza estaba incluso el regimiento de húsares con los suyos, que marchó incorporado en dicha columna. Al llegar á México, el mencionado señor Arrieta me dió por escrito el parte respectivo, acompañándome el estado de la fuerza que condujo; y por ambos documentos que tengo en mi poder, se ve que Arellano ha faltado á la verdad al tratar este asunto, sin hacer más que mentir, ofender y engañar.

Más adelante dice Arellano que "ante un desastre de esta naturaleza y acompañado de circunstancias tan vergonzosas, el general